

RICARDO ALEMÁN

Guanajuato: espejismo electoral

Prólogo:

Octavio Rodríguez Araujo

LaJornada



EDICIONES

Indice

Prólogo	9
El Centralismo despótico	15
Negociación fallida	36
Derechos y obligaciones en el sistema político	55
Ultimátum y acuerdo	76
Refrendo de la alianza PAN-Gobierno	97
El jueves negro	121
La desbandada	144
Actos de fe	167

Presentación

En julio de 1990, un año antes de las elecciones locales para renovar la gubernatura de Guanajuato, la Dirección de *La Jornada* me encomendó la cobertura periodística de ese proceso electoral, que desde entonces se anunciaba como uno de los más competidos de los que tendrían lugar en 1991.

Durante 18 meses observé de cerca la evolución política de Guanajuato y el peculiar desenlace que, por encima del proceso electoral, hizo gobernador a Carlos Medina Plascencia. No había duda de que la fórmula política para Guanajuato resultó de una “concertación” entre el gobierno y el Partido Acción Nacional, pero se desconocía el origen y detalles de la misma.

En enero de 1992, Carlos Payán, Carmen Lira y Manuel Meneses conocieron mi intención de reconstruir los acontecimientos que sacudieron a Guanajuato y a todo el país, y me brindaron todo su apoyo para escribir este libro. A ellos les digo gracias.

También agradezco a casi medio centenar de dirigentes partidistas, políticos locales y federales, ex gobernadores, diputados, senadores, empresarios, subsecretarios, periodistas y a muchos guanajuatenses que de manera directa e indirecta participaron en el proceso electoral de Guanajuato, y sin cuya colaboración no habría sido posible este libro.

En la corrección agradezco a Tomás, Arturo y Estela y en la edición a Miguel.

Prólogo

No es noticia que el centro se imponga sobre la periferia ni que el pacto federal sea objetivo a alcanzar en nuestro país. Sin embargo, ilustrar esta realidad (y lugar común), con ejemplos concretos y bien documentados es un ejercicio siempre bienvenido por todas las personas interesadas en la vida política mexicana.

Ricardo Alemán se introdujo en los meandros de un caso específico de *aceptada* injerencia del centro, del Poder Ejecutivo Federal, en un estado de la Federación, en Guanajuato y en su proceso interno y supuestamente soberano de cambio de gobierno en 1991.

Guanajuato no es ni ha sido el único caso de intrusión federal en un estado de la República, pero sí es uno de los pocos, suficientemente claro y documentado, en que tal injerencia ha sido aceptada (“concertada” se dice ahora) por un partido político que hasta hace unos años era de oposición no cuestionada: el Partido Acción Nacional.

En Guanajuato, como también en Michoacán y San Luis Potosí, para sólo referirnos a los ejemplos más elocuentes y observados nacional e internacionalmente en los últimos dos años, ciertos arreglos cupulares suplantaron al voto ciudadano. Los guanajuatenses tuvieron la opción de escoger entre varios candidatos al gobierno estatal y votaron por uno de ellos, mayoritariamente. ¿Cuál de los candidatos obtuvo en realidad el triunfo? Quizá nunca lo sabremos, pero sí podemos afirmar que nadie votó por Carlos Medina Plascencia por la sencilla razón de que él no contendía por ningún puesto desde su cómoda presidencia municipal en la ciudad de León. Empero, Medina es el gobernador, interino, porque quien fuera declarado triunfador: Aguirre, no tomó posesión del cargo y no lo hizo

porque se le dijo que no debía hacerlo, en aras de la estabilidad política del país.

Hace algunos años, por cierto, coordiné un libro elaborado por investigadores del Departamento de Ciencia Política del Centro de Investigación y Docencia Económicas sobre el sistema político mexicano. Este libro fue titulado *México: estabilidad y luchas por la democracia* y el común denominador detectado en este estudio fue que la estabilidad política (y económica y social) del país se ha logrado, en todo momento, incluso después de la revolución de 1910, bajo patrones de disminución de la democracia. De otra manera, mayor estabilidad a cambio de menor democracia o de democracia restringida, sin que por ello deba afirmarse, como se ha dicho con tanta frecuencia como ligereza, que el país vive una dictadura, ni perfecta ni imperfecta.

La democracia autoritaria que ha vivido México después de la dictadura porfirista ha garantizado, sí, la estabilidad del país. Pero ésta se ha logrado a cambio de no respetar la voluntad ciudadana en las elecciones, a cambio de una depresión constante de los niveles de vida de las mayorías y de formas corporativas de control social y político, a cambio de mecanismos selectivos y a veces no tan selectivos de represión, sobre todo en el medio rural, a cambio de una interpretación cupular, y sólo cupular, de las necesidades y perspectivas del pueblo mexicano cuyo derecho a pensar y a decidir siempre parece concesión otorgada desde arriba.

Guanajuato ha sido escenario, en esta ocasión, de la consecuencia del argumento que por décadas ha tendido a privilegiar y justificar la estabilidad por encima de la democracia: la imposición, aunque haya sido negociada. Debe decirse, sin embargo, que a diferencia de las prácticas del pasado, ahora la imposición se negocia con la oposición aunque se dé sin más sobre los correligionarios partidarios; con éstos se ejerce la disciplina de partido bajo amenaza implícita de muerte política. Antes, como consta en muchas y variadas crónicas, se imponían gobernantes sin cuidar las formas y hasta mediante la fuerza de las armas. Ahora se imponen con la aquiescencia de los partidos opositores. La vieja dialéctica del amo y el esclavo de que hablaba Hegel, en lugar del exterminio sin más. Símbolos de la modernidad, se ha querido decir, cuando en realidad se trata de muy antiguos usos del ejercicio del poder, si bien en latitudes distintas y más desarrolladas.

Alemán nos recuerda la trayectoria política (y electoral) en el estado de Guanajuato, sus crisis de gobierno en varios momentos, los descalabros de su población. Pero también revive situaciones y tiempos que explican y aclaran lo ocurrido en el proceso de cambio de gobierno en 1991. La cronología, ubicando lugares, fechas y horas, nos permite comprender lo que de verdad ocurrió y, si había alguna duda, el brutal pragmatismo con que se resuelven las diferencias políticas en México y, por qué no, los errores que los más conspicuos estrategos políticos cometen al querer sólo resultados convenientes para el grupo que representan, dentro pero al margen de su partido: el Revolucionario Institucional. La viveza de los diálogos, reproducidos como consecuencia de lo que un inteligente reportero oye y de las informaciones cruzadas que obtiene, es un elocuente indicio de los modos en que se hace política no solamente en el PRI.

Hace varios años sólo modernos aparatos de captación de sonido, hábilmente usados por opositores, permitían registrar lo que un alto funcionario le decía a otro en reuniones públicas. Ahora los aparatos electrónicos han sido sustituidos o complementados por otros medios mejores: por quienes, en la política, no están de acuerdo en que la total ausencia de ética domine los procesos que debieran ser transparentes, legales y aceptados por quienes están involucrados en ellos. En otros términos, la criptología política, sólo accesible tradicionalmente para iniciados, se ha roto como evidencia —aún no asumida por todos— de que la modernidad ha comenzado a darse y terminará por imponerse a pesar de sus antagonistas más feroces. La transparencia que le falta a las elecciones existe en los procesos que las rodean, por la contradicción de los datos que se ofrecen como oficiales y por los testigos de buena fe que, por fortuna, son más de los que quisieran quienes están acostumbrados al *cueveo* —para usar una expresión antigua.

Alguna vez, no hace mucho tiempo, ciertos dirigentes priístas en el estado de Baja California me expresaron su absoluto desacuerdo con el Comité Ejecutivo Nacional de su partido y con el gobierno federal-central por la forma en que se resolvió y anunció el triunfo del actual gobernador panista. Hubo indignación con las decisiones del centro y la forma en que las conocieron. Priístas de Colima sintieron lo mismo y lograron que su candidato al gobierno estatal fuera de ellos y no quien parecía obedecer a las razones del centro. En San Luis Potosí

y en Michoacán el priísmo local y quienes se sumaron a él en las recientes elecciones de gobernador llegaron a la conclusión de que los embarcaron en una nave sin destino o, al menos, en un destino que no era el deseado. En Guanajuato ocurrió lo mismo, pero el desencanto no fue sólo de los priístas sino también de los miembros y simpatizantes del Partido Acción Nacional. La salida de los panistas pertenecientes al Foro Doctrinario y Democrático no se explica sin los sucesos en Guanajuato, entre otras situaciones que, a juicio de los ex-foristas, violaron los principios de su partido.

Hacen bien los dirigentes del PRI en hablar de refundación de su partido. Pero tienen también razón quienes intentan explicar, con poco eco todavía, que lo debido no será refundarlo sino convertirlo realmente en un partido, si no al margen del gobierno sí, por lo menos, con vida propia en todos sentidos y, desde luego, con democracia interna. Pero el deterioro de los partidos no es patrimonio exclusivo del PRI. Los demás partidos padecen, ahora más que nunca y nunca de manera tan evidente, ausencia de democracia interna, de apego a sus principios expresados en sus documentos fundamentales, de coherencia en sus actividades con sus objetivos explícitos, de respeto a su autonomía como partidos de oposición. La concepción sobre los partidos, su caracterización, ha sufrido tales cambios que ahora son más importantes para la opinión pública sus grados de independencia del gobierno que sus posiciones de derecha o de izquierda. Los ejes de las coordenadas partidarias se han corrido y en el proceso se han desdibujado, cierto, pero no pasará mucho tiempo para que vuelvan a definirse en las nuevas condiciones nacionales e internacionales que también están por readquirir perfiles más nítidos.

La desideologización de los partidos, su pragmatismo, sus ansias de parcelas de poder en un régimen de democracia autoritaria, los ha llevado, como al PAN, a aberraciones tales como aceptar, implícitamente, que hasta podría haber un golpe de Estado sin que perturbara sus conciencias, siempre y cuando el gobierno emanado de aquél se legitime siendo un buen gobierno. Véase si no este mensaje en el siguiente fragmento de un discurso del principal dirigente del PAN, citado por Alemán en el capítulo 3 de este libro:

El poder que se constituirá con base en los resultados oficiales del proceso electoral, aprobados sólo con los votos favorables

de los miembros priístas del colegio electoral, únicamente podrá legitimarse ante los mexicanos con el buen ejercicio del poder mismo y, en especial y de manera inmediata, con la conducta que demuestre en los primeros comicios bajo su total responsabilidad, que serán los de Jalisco, Guanajuato y San Luis Potosí.

Así las cosas, para el dirigente panista, el régimen de Pinochet en Chile, que aceptó el no de 1988 y convocó a elecciones, respetando sus resultados, sería legítimo, sin importar los medios por los que se constituyó como poder.

No es poca cosa lo que exhibe Ricardo Alemán en este libro que, además, se lee en una sentada y no precisamente por su extensión. Pero un prólogo, a mi juicio, debe ser breve, a pesar de que el prologuista quisiera decir más, e introducir la lectura del texto que le sigue, que es el importante.

Noviembre de 1992

Octavio Rodríguez Araujo